

Y yo, ¿qué voy a darte?



Ayer lo tomé así, entre mis brazos, y me quedé mirándole su tranquilidad inocente, su indiferencia total frente a esta algome-ración informe de contradicciones dulces y amargas que componen la existencia.

Le miraba su frente amplia y esa boquita diminuta y crespa que a ratos se contorsiona como un 8 mal dibujado y pensaba en las delicias de sus valores absolutos, en la placidez de ese estado ajeno que tanto añoramos a veces los hombres y que tan poco separaciones: todo es su enorme ego injertado en una figura diminuta y nada cuenta más.

Ya despertará de ese sueño angelical donde los posesivos pierden significado: todo es él y él es todo. Los halagos le llueven por doquiera y nadie enseñaría a su lado alguna mirada torva. Todo en su contorno es paz y serenidad cristalina.

Un día le vendrá el golpe: ya no será más solo él. Su absoluto de hoy se convertirá en añicos. Su placidez se verá removida y empezará el largo camino de la indagación por las cosas, por los hombres y sus valores.

Entrará de lleno en el ESTAR y correrá presuroso hacia un SER que parece lejano, hacia una identificación que representará muchos años y cuyas veredas se llenan de duda, de encrucijada, de valores falsos, de engaño. Entonces me tocará a mí guiarlo por la mejor ruta, concederle la verdad ansiada que consolida la libertad, pero yo no he podido encontrarla y llevo más tiempo buscándola. Algo tendré que darle y no dispongo de mucho. Los hombres a veces me asustan y cuando más seguro he enfilado mis pasos, es cuando más cierto estoy de que tomé la senda equivocada. Cuando me he sacrificado hasta el paroxismo por apresar esa región absoluta de la verdad y de la virtud, siento que se me hace polvo entre las manos. ¿Y cómo se lo voy a decir yo ahora, cuando me regala ese inocente guiño de la pureza más absoluta? ¿Y cómo se lo voy a decir más tarde cuando ya él haya tocado con sus propias manos la miseria que lo rodea? ¿Cómo lo voy a convencer de que era buena su llegada y de que al final del camino debe estar una luz que todavía yo ando buscando?

No sé. No sé como voy a decírselo y tampoco tengo mucho para darle. Tal vez un desprecio al oro que todo lo mancha y lo envilece. Tal vez una pasión por los desposeídos que es fuerte base de la solidaridad humana. Tal vez una voz de optimismo y de valentía para que no llegue a la desesperación que yo siento. Quizás una mano franca de esas que tanto se ocultan. ¿Por qué no una interjección de empuje para que no se arredre ante la primera barrera?

No sé.

Por ahora sólo tengo algo muy claro: quiero que mi hijo, ese bebé de 48 horas, sea siempre **limpio** e **indomable** y haré todo lo posible por ello.

Tal vez, si es limpio, tendrá facultad de caminar por los estercoleros sin que se atrevan a ensuciarlo. Tal vez, si es indomable, será capaz de ser más él y de ayudar un poco a desfacer entuertos.

Es lo único que tengo, pero qué raro, no sé por qué demonios me parece suficiente.